

Médicos en las Invasiones Inglesas

Dr. Martin Mowszowicz
Al Pie de la Muralla
alpiedelamuralla@adinet.com.uy

Nuestra condición de médico nos hace referir especialmente algunos aspectos de la atención médica en los días de las Invasiones, tanto en Buenos Aires como en Montevideo.¹

La primera Invasión encuentra la ciudad de Buenos Aires sin medidas preventivas para atender a los heridos de una batalla, como la que se avecinaba.

La vida en la Colonia era plácida, al decir de un cronista jesuita que la describió, la gente “moría de vieja, o de caerse del caballo”.

Lo cierto es que no se contaba con hospitales adecuados, ni con medicamentos en cantidad suficiente, ni se hicieron preparativos de defensa sanitaria para lo que se estaba por desatar en la ciudad.

Y también aquí falló el Virrey Rafael de Sobremonte, quien, conocedor pleno del peligro que se cernía, ordenó “preparar dos equipos de cirugía”, al Médico del Protomedicato Dr. O’Gorman².

No es que la ciudad no tuviera Hospitales, los que había eran pequeños pobres e inadecuados para una situación de catástrofe bélica como la que se cernía sobre la capital del Virreinato. Estaban el Hospital de la Residencia, ex de la Compañía de Jesús, orden expulsada del Virreinato por esos años, el Hospital de Caridad, y el viejo Hospital de los Padres Bethlemitas.

Pero pasaba una cosa curiosa, en los conventos de la ciudad: se contaba con personal adecuado, espacio físico y medicamentos suficientes. De manera que el Convento de San Francisco, el de Santo Domingo y el de los Bethlemitas, el Del Socorro y el de las Hermanas Catalinas se desempeñaron en la tarea asistencial, y fueron realmente eficaces e insustituibles.

Los heridos también fueron atendidos en los llamados “hospitales de sangre”, que luego de las luchas se desarmaban, pues no eran puestos permanentes de atención. La primera camada o generación de médicos del Protomedicato entró a atender a los enfermos antes de rendir su último examen, y se largaron a operar a los heridos a puro coraje, cimentando la experiencia quirúrgica sobre la marcha, como se los impuso la dura realidad. Estos valientes y decididos médicos fueron:

Paulino Sosa, Manuel Antonio Casal, Ángel Luis Fulco, Juan Madera, Francisco de Paula Rivero, Juan Escolá, Francisco Romero, Pedro Federico Millán, Adeodato Olivera, Baltasar Tejerina, Cosme Mariano Argerich, Pedro Rojas, Pedro Carrasco, Cesar Martínez Niño, Antonio Castellanos, y Mariano Vico. Eran los alumnos de los Maestros del Protomedicato, y se les distribuyó en los hospitales y puestos de sanidad mencionados. Ellos dejaron sus casas y sus actividades para salvar a los heridos, sin reconocer entre aliados o invasores, como es ético accionar.

Desde Montevideo, en la Banda Oriental, acompañaron a Santiago de Liniers como servicio auxiliar que acudió a reconquistar Buenos Aires, el presbítero Dámaso Antonio Larrañaga, y el Cirujano Dr. Ángel Refoxo, Paulino Souza, (médico portugués) y Antonio Cordero, que era el Cirujano de la Marina.

¹ Los invasores Ingresaron el virus de la rabia, en 1806 a Buenos Aires y en 1807 a la Banda Oriental.

² En 1804, Argerich nombró a Gorman miembro de la Junta de Sanidad, con la función de inspeccionar los barcos que llegaban al puerto. Pero Gorman pasaba gran parte del año en cama, dado que sufría ataques de reuma y otras enfermedades. Así, su actuación en la Junta fue sólo nominal, y las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 las vivió desde la cama, aquejado por la mala salud.

Los doctores José Giró, Cristóbal Martín de Montúfar, y Juan Cayetano de Molina no podían abandonar a sus enfermos de las salas hospitalarias en Montevideo. Aquí contaron con los excelentes boticarios Narciso Marull y Pedro Lorenzo de los Santos.

También actuaron acertadamente los Dres. García Valdez (Médico General), José Capdevilla (Cirujano) y Salvio Gaffarot, el que fue herido en combate.

Por lo eficaz de su labor se los promueve a Cirujanos Mayores, lo que generó un reclamo de sus colegas O’Gorman y Fabre, O’Gorman pertenecía al Protomedicato de Buenos Aires.³

Rafael de Sobremonte no confiaba en O’Gorman, por su origen inglés, pero, a pesar de la malquerencia, su actuación fue excelente desde todo punto de vista.

En Maldonado en 1806, actuó el Dr. Francisco Dionisio Martínez⁴ auxiliado por el médico del Ejército Inglés Dr. Emans y por el Cirujano de la Villa de San Carlos Dr. Manuel Rodríguez Sánchez.

En Buenos Aires estaban presos los siguientes médicos del Ejército Inglés: Thomas Forbes, G. Pooler y James Evans pertenecientes al famoso Regimiento 71° de Highlanders, y Edward Beck, de la Artillería Real.

En Montevideo debemos citar a los doctores Ferguson y H. Robertson del Regimiento 88°, al Dr. Buxton del Regimiento 87°, los Dres. Boyce y Read, del Regimiento 35°, el Cirujano ayudante Furner, todos ellos trabajando a las órdenes del Cirujano Mayor de Su Majestad Británica Dr. Doyley.

El Gobernador británico de Montevideo dio orden para que dos médicos de la ciudad se unieran a las fuerzas de Whitelocke para ir a Buenos Aires, con las tropas.

Dicha orden fue resistida por los médicos de nuestra ciudad que pensaron atinadamente que no era procedente acompañar tropas extranjeras en campaña contra una ciudad amiga, dado lo cual el Coronel Gore Browne designó al Dr. Joseph Guezze (de origen flamenco) y seguramente requisado de un barco, y al cirujano del presidio de Montevideo Dr. Juan Cayetano de Molina. Estos deberían presentarse en la fragata “Carapion” cosa que hicieron.

También merecen citarse el Dr. Fermín Blevé, el practicante Antonio Salgado, el Primer Cirujano Dr. Juan Pérez, y los 2dos. Cirujanos Dres. Antonio Cordero y Vicente Rey.

Como hecho interesante referiremos que al verse desbordada la capacidad del Hospital Real de Caridad (actual Hospital Maciel de Montevideo), se llevó a los enfermos a las Bóvedas⁵ transformadas en improvisado hospital de sangre. Durante los días de la ocupación, el Cirujano Mayor Doyley del ejército inglés, colaboró muy eficazmente en la asistencia médica de los numerosos heridos de ambos bandos, que se produjeron en la toma de Montevideo.

Durante la fallida campaña de Elío pretendiendo liberar Colonia, el Dr. Francisco García atendió en el improvisado puesto sanitario de Las Víboras. Por otra parte en el bando británico, el Dr. Ferguson murió por heridas de guerra en combate y sus colegas Buxton, Boyce y Read fueron heridos gravemente cuando actuaban en las diversas luchas.

Después de la entrada por la Brecha, debido al gran número de heridos, de ambos bandos, como referimos, las naves de la Iglesia Matriz, habían sido destinadas para servir de hospital a los heridos ingleses, pero el espacio era escaso para el elevado número de internados allí. Entonces la autoridad

³ Por otra parte, y por las graves circunstancias que se vivían en aquel momento, las autoridades del Cabildo, luego de un cuestionamiento formal, expulsan de la ciudad al médico inglés David Reid, notificando al afectado el 18 de octubre de 1806, evitando sufrir consecuencias peores.

⁴ Este médico se hizo amigo del Dr. Doyley, de las tropas inglesas, y éste Doyley lo puso sobre aviso de que Auchmuty lo citaría para deportarlo a Inglaterra, por lo que huyó, en compañía del cura Manuel Alberti

⁵ Las Bóvedas, se erigieron entre los años 1794 y 1806, ubicadas en la manzana que delimitan las calles Rambla 25 de agosto, Juan Carlos Gómez e Ituzaingó. Eran 34 casamatas de unos 14m. de largo por 7m. de ancho y de 4m. de alto, como murallas abovedadas, con almenas para los cañones.

ocupante se dirigió al Cabildo y le solicitó que le buscara solución al problema, habilitando con tal fin una casa de propiedad del Marqués de Rafael de Sobremonte, en la calle de San Diego.

Tienen una destacada actuación, en esta época en Buenos Aires, los médicos Miguel O'Gorman (primer profesor de Medicina de Buenos Aires) y Agustín Fabre (a quien se consideró por su dedicación, como el primer obstetra de la ciudad) quienes establecen la célula germinal de lo que sería la enseñanza de la medicina en Buenos Aires, presentando al Virrey Avilés un plan de estudios de seis años donde se dispone que en el quinto año se dicte la materia "Operaciones y partos". Era Primer médico del Ejército, el Dr. Justo García y Valdés.

O'Gorman nombró para constituir el Protomedicato a los médicos Francisco Argerich, Benito González Rivadavia y al Licenciado José Alberto Capdevila. Todos ellos actuaron eficientemente en las Invasiones. Francisco Javier Muñiz, naturalista, asistió a los heridos durante las Invasiones Inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807.

Durante la Segunda Invasión (5 de julio) el Hospital de Hombres estuvo en poder de los ingleses. El Protomedicato igualmente se moviliza y sus médicos se ofrecen para asistir a los heridos.

Es en estos enfrentamientos que se destaca por su sacrificio la tarea del joven Juan de Dios Madera desempeñándose como médico de la Legión de Patricios, nombrado por su jefe el Coronel Cornelio de Saavedra en 1806 y confirmado por Liniers tres años después. Asimismo se incorporan a la Plana Mayor los cirujanos Pedro Carrasco y Matías Rivero.

Por Real cédula de 1798 del Virrey Olaguer Feliú se fundan los comienzos de la Facultad (Escuela) de Medicina nombrando el 21 de enero de 1779 Catedrático de Medicina a Miguel O'Gorman, sustituido luego por Cosme Mariano Argerich, que era hijo del Coronel y cirujano de los ejércitos del rey, D. Francisco Argerich.

Es nombrado también como Catedrático de Cirugía el Dr. José de Capdevila, quien renuncia al poco tiempo por razones de salud y es reemplazado por el Dr. Agustín Eusebio Fabre.

Cosme Mariano Argerich había nacido en Buenos Aires el 26 de septiembre de 1758. Después de completar su educación básica fue enviado a España, a estudiar medicina en la Universidad de Cervera, donde se doctoró en 1783, y volvió a Buenos Aires en el año 1784 cuando fue nombrado médico del Colegio de Huérfanos.

Fabre y Argerich fueron los verdaderos impulsores de la Escuela de Medicina que contaba en su primer curso con 15 alumnos. Fabre dictaba anatomía, clínica quirúrgica y partos, para iniciar en 1805 la primera Cátedra de Obstetricia del país.

Buenos Aires tenía unos 65.000 habitantes por esos días. Era común en la época, la práctica semi-legal o tolerada de practicones, charlatanes o curanderos.

Al producirse la muerte de los numerosos heridos en la toma de Montevideo, los ingleses solicitaron autorización al Cabildo, y la obtuvieron, para enterrarlos dentro del recinto de la ciudad, a cuyo efecto se habilitó el llamado Hueco de la Cruz.⁶

Inversamente, a veces fue el Cabildo el que debió dirigirse a la autoridad ocupante en procura de alguna demanda, también cortésmente atendida; aún tratándose, como en un caso ocurrió, de un asunto de interés militar para los ingleses.

Como dato curioso, y que afectó por largo tiempo la vida de la región, también hay que citar que los invasores ingleses, trajeron perros de Ciudad del Cabo y de Inglaterra en sus barcos, y mediante ellos introdujeron la rabia en el Río de la Plata, en 1806 en Buenos Aires, y en 1807 en nuestras costas.

Los ingleses, que en 1806 dieron un inesperado golpe de mano sobre la capital del Virreinato del Río de la Plata, tuvieron oportunidad, al quedar prisioneros después de la Reconquista, de verificar las condiciones de vida de la sociedad criolla. No faltó quien registrara sus impresiones, como

⁶ Era un hueco o terreno baldío que estaba en la manzana que hoy delimitan las calles Buenos Aires, Reconquista, Zabala y Alzáibar. Estos "huecos", se usaban para dejar bueyes y caballos durante el mercado, o también los carros de carga.

Alexander Gillespie del que nada sabemos, más allá de que fue un oficial británico en tierras del Plata en 1806 y 1807, que fue “comisario de Presos”, ocupándose de los internados en el interior, y de que en 1818, ya retirado, publicó sus interesantes memorias.

Luchó con los invasores en la zona del Retiro, en 1807.

Gillespie escribió estas líneas al respecto: “La profesión médica estaba a poca altura en Buenos Aires, en 1806/1807, al mismo tiempo, no hay nadie en quien se aplique con mayor éxito el arte de la charlatanería que en los criollos.

Teniendo una opinión exagerada de todo curandero inglés, en cualquier reunión social en la que entre uno, las mujeres generalmente afectaban no encontrarse bien, y procuraban consejo. El síntoma que las aquejaba se señalaba por un parche en cada sien, y ellas se quejaban comúnmente de lasitud y jaqueca.

Como no se necesitaba saber mucho para disiparlas, siendo su causa la falta de ejercicio, algunos de nosotros los oficiales británicos prisioneros en Buenos Aires, nos hicimos empíricos.

Como recetábamos felizmente, nuestros talentos adquirieron reputación; pero ocurrió un caso de más bulto, que probó la parcialidad general por nuestros compatriotas.

El doctor Forbes, dejado a cargo de nuestros enfermos y heridos después de la Reconquista de la ciudad, fue tan exclusivamente consultado que, tras cuatro meses de práctica en la que había amasado algunos miles de duros, con perjuicio de los facultativos locales, fue presentado al gobierno un memorial que instaba a su remoción. Estaban celosos de su éxito como médico.

Con la paz general, muchos médicos y cirujanos meritorios de este país, Inglaterra han sido dejados de lado en su profesión.

Por falta de empleo, esas personas se convierten en parte de nuestro exceso de población. Tales aventureros no solamente hallarán pan, sino también riqueza en aquellas regiones de la América del Sur.

Además, serán un valioso elemento agregado; no solamente por el hecho de ejercer su profesión, sino por los efectos de su educación superior entre una comunidad no civilizada

Sus personas estarían siempre seguras de gozar de esa reverencia que se tributa en general a los médicos, casi igual a la que se rinde a los grados superiores del sacerdocio.

A tal emigrante le convendría llevar consigo gran provisión de remedios e instrumental. Por ignorancia de la química se pierde la gran abundancia de plantas para la fabricación de drogas, y por eso éstas valen el doble en Buenos Aires”.

Las Invasiones Inglesas hicieron que los habitantes de ambas márgenes del Río de la Plata se encontraran a sí mismos, que se reconocieran como seres capaces de merecer la libertad y la independencia.

Y esa idea se instaló fuertemente en toda la gente y fue tan grande como su lealtad a España, pero les había llegado la hora de optar, y eligieron ser libres.

Los pobladores de las dos orillas del Río de la Plata, no estaban enfermos ni tampoco estaban dormidos, y fue suficiente el ataque y la pretensión de los británicos, para poner en marcha el espíritu colectivo, primero contra esos arrogantes intrusos, y luego contra el viejo amo español, porque las luchas contra los primeros les otorgaron el acceso a la mayoría de edad.

El 18 de febrero de 1805, en previsión de la anunciada invasión, el Protomedicato le decía por nota al Virrey Rafael de Sobremonte:

“Pilotos salidos de su academia, donde han aprendido la teoría, y la práctica de su profesión, no se hallan del todo aptos para dirigir una nave y libertarla de los continuos escollos que la rodean”.

“Había dificultades para aplicar junto al lecho del enfermo, la teoría aprendida en las clases, los alumnos deberían de contar con un profesor para actuar al pie del enfermo, en el mundo real, fuera de los libros, para aplicar acertadamente lo aprendido en dichas clases. Ese maestro cercano lo necesitaban por dos años más”.

“Es preciso dotar a la Escuela de Medicina de más profesores, para que cada uno se dedique a una parte sola de la enseñanza”.

Solamente un año después habría de surgir abruptamente la necesidad de practicar la medicina aprendida, literalmente al pie del cañón, cosa que todos hicieron con la mayor eficiencia, y los maestros estaban al lado de los discípulos. Las Invasiones Inglesas abrieron las puertas de la historia a dos tipos de héroes, los militares y los médicos, que allí se iniciaron. Y todos esos médicos continuaron luego acompañando a los Ejércitos de la Libertad por toda América, jalonando y apoyando las hazañas de los soldados, junto a los cuales debieron “aprender a volar” como profesionales.⁷ Mal que les pese, gracias a los ingleses.

⁷ Loudet, Osvaldo, Dr.” Los médicos en los ejércitos de la libertad”, Academia Nacional de Medicina, Buenos Aires. Imprenta del Congreso de la Nación, 1978.(Premio Konex)